

02

31 Minutos: La crítica y la reflexión no sólo es para adultos.



Alejandra Mar González

31 Minutos es un programa chileno creado en 2002, concebido como una sátira de los noticieros televisivos durante la dictadura de Pinochet en la década de 1970.

El programa alcanzó una notable popularidad en América Latina, siendo recordado por sus canciones, su humor irreverente y sus personajes entrañables, que quedaron grabados en la memoria colectiva de quienes crecieron viéndolo.

Tras su exitoso paso por el Tiny Desk el pasado 6 de octubre, resurgió una oleada de nostalgia por el programa. Sin embargo, también aparecieron críticas: en varias redes sociales —especialmente en Instagram— se mencionaba que “31 Minutos se había vuelto político”. Esta afirmación me sorprendió, pues no entendía del todo a qué se referían.



Según lo que yo recordaba, el programa siempre había abordado, con humor, diversos problemas de su país y del mundo. Ese enfoque satírico encantaba tanto a chicos como a grandes, y muchas de sus secciones transmitían mensajes valiosos.

Un ejemplo claro es la Nota Verde de Juan Carlos Bodoque, que hablaba sobre el cuidado del medioambiente y denunciaba prácticas como la trata de animales o la deforestación ilegal en zonas protegidas.

Al recordar todo esto, me llegó una idea: de forma intencional —o quizás no—, 31 Minutos contribuyó a la formación de un pensamiento crítico en los niños que veían el programa con regularidad. Lo hizo a través de la caricaturización de problemáticas presentes en el contexto político y social de su país, sin tratar a los niños como tontos, sino como lo que son: personas.

Personas que piensan, cuestionan y reflexionan sobre el mundo que los rodea. Esta postura coincide con lo que los filósofos Cornelius Castoriadis y Giorgio Agamben plantean sobre la infancia como espacio de potencia y pensamiento, y con la idea que sostiene el filósofo Kant de que educar es enseñar a pensar por sí mismo. Tener acceso a programas que les enseñan que su voz también merece ser escuchada es algo profundamente valioso. Y en ese sentido, ningún otro programa ha logrado —ni replicado— lo que 31 Minutos hizo en su momento.



Así que sí, 31 Minutos es un programa político —en el mejor sentido del término— porque se preocupa por la educación y el entendimiento de los niños. No teme a la censura ni al “qué dirán” de los padres, porque si a los niños no se les muestran cómo son las cosas, vivirán siempre en una burbuja, sin comprender las causas y consecuencias de las situaciones que enfrentamos actualmente. Como diría Paulo Freire, pedagogo y educador brasileño, educar es un acto de libertad, no de domesticación. Y como afirma la filósofa e historiadora Hannah Arendt, lo político no se limita a lo institucional, sino que abarca todo aquello que afecta nuestra vida compartida.



Me gustaría cerrar con una frase que se le atribuye a uno de los personajes de la serie, Calcetín con Rombosman²: **“Todo niño tiene derecho a ver contenido de calidad y no las porquerías que ve en la televisión”.**

² La frase pertenece al episodio “La Gran Gala de Titirilquén”, que es el episodio 68 y el último de la cuarta temporada de la serie.